

esta Elena y la aventura de su Menelas, debería tener el alma de Paul de Kock. Y, sin embargo, el héroe de esta abandonada es valiente, temerario, guapo, fuerte como Aquiles y más astuto que Ulises.

JULIA ROMANA

Julia Romana

Hará dos años por la primavera, me paseaba yo á pie por las orillas del Mediterráneo. ¡Qué cosa es más grata que meditar al mismo tiempo que se pasea por una carretera! ¡Se va rodeado de luz, acariciado por el viento, por los flancos de las montañas, ó por las orillas del mar! ¡Y se sueña! ¡Qué de ilusiones, de amores y de aventuras pasan por el alma que vaga errante, en dos horas de camino! Todas las esperanzas confusas y alegres penetran en uno como el aire tibio y ligero; se las bebe en la brisa y hacen nacer en nuestro corazón un apetito de dicha que crece con el hambre excitada por la marcha. Las ideas, rápidas y encantadoras, vuelan y cantan como pájaros.

Seguía yo aquel largo camino que va de San Rafael á Italia, mejor dicho, aquella inmensa decoración soberbia y variada que parece hecha para la representación de todos los poemas de amor en la tierra. Y pensaba que desde Cannes, donde se des-

UNIVERSIDAD DE GUAYMAS
BIBLIOTECA UNIV. GUAYMAS
"ALFONSO PRYER"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

oansa, hasta Mónaco, donde se juega, no se va á aquel país más que á molestar á derrochar dinero, á mostrar bajo el cielo delicioso de aquel país de rosas y naranjos todas las bajas vanidades, estúpidas pretensiones y viles codicias, y el espíritu humano tal cual es, rastrero, ignorante, arrogante y codicioso.

De pronto, en el fondo de una de las encantadoras bahías que se encuentran á cada recodo de la montaña, ví algunas quintas, cuatro ó cinco únicamente enfrente del mar, al pie del monte, ante un bosque silvestre que se extendía á lo lejos detrás de ellos internándose en dos grandes valles sin caminos y acaso sin salidas. Una de aquellas quintas era tan linda que me detuve ante ella: consistía en una casita blanca cubierta de rosas que trepaban hasta el tejado.

¿Y el jardín? un tapiz de flores de todos los colores y de todos los tamaños mezcladas con un desorden estudiado y coquetón. El césped estaba lleno de ellas; cada peldaño de la escalinata tenía un ramillete en sus extremos; de las ventanas pendían sobre la fachada racimos azules y amarillos, y la terraza, con balaustres de piedra que cubría aquella linda morada, estaba salpicada de guirnaldas rojas semejantes á manchas de sangre.

Se veía por detrás un largo paseo de naranjos floridos que llegaba hasta el pie de la montaña, y en la puerta, con letras doradas, este nombre: *Villa de Antan*.

Pregunté qué poeta ó qué hada vivía allí, qué ins-

pirado solitario había descubierto aquel lugar y creado aquella morada fantástica que parecía haber brotado de un ramillete de flores.

A un cantero que partía piedras en la carretera un poco más allá de la quinta, le pregunté el nombre del propietario de aquella joya y me respondió:

—Es de doña Julia Romana.

¡Julia Romana! En mi infancia, en otros tiempos, yo había oído hablar de ella, de la gran actriz, de la rival de Raquel.

Ninguna mujer había sido más espléndida ni más amada, sobre todo, más amada. ¡Qué de duelos y de suicidios por ella y qué de comentadas aventuras! ¿Qué edad tendría ya aquella mujer seductora? ¿Setenta, setenta, setenta y cinco años? ¡Julia Romana!... ¡Allí, en aquella casa! La mujer que había sido adorada por el mejor músico y por el más grande poeta de nuestro país. Aun me acordaba yo del ruido que había hecho en toda Francia (tenía yo entonces doce años) su huida á Sicilia con éste, su ruidosa ruptura con aquél...

La había oído una noche después de una primera representación en que el público la había aclamado durante una hora y la había llamado á escena once veces seguidas; se había ido con el poeta en silla de posta, como se usaba entonces y ambos habían cruzado el mar para ir á amarse á la isla antigua hija de Grecia, bajo el inmenso plantío de naranjos que rodea Palermo y que se llama la "Concha de oro."

Se había referido su ascensión al Etna y como se habían inclinado sobre el inmenso cráter abrazados,

juntas las mejillas, como para arrojarse al fondo del abismo de fuego.

El había muerto: el hombre de los conmovedores versos, tan profundos, que habían causado vértigos á toda una generación, tan delicados, tan misteriosos, que habían abierto un mundo nuevo á los nuevos poetas.

El otro también había muerto, el abandonado que había sabido hallar para ella frases musicales que aun guardan todos los oídos, frases de triunfo y de desesperación, frases enloquecedoras, emocionantes.

Y ella estaba allí, en aquella casita rodeada de flores.

No dudé lo más mínimo y llamé.

Salió á abrirme un criadito, un muchacho de dieciocho años, de aspecto ordinario y de ordinarias manos. Escribí en mi tarjeta un galante cumplido para la antigua actriz y un insinuante ruego para que me recibiese. Tal vez conocería mi nombre y consentiría en abrirme sus puertas.

El joven criado se alejó, volvió á poco diciéndome que le siguiese y me hizo entrar en un saloncito limpio y correcto, estilo Luis Felipe, de pesados y fríos muebles cuyas fundas quitaba en honor mío una criadita de unos dieciséis años y de esbelto talle, aunque de escasa hermosura.

A poco me quedé solo.

En las paredes había tres retratos: el de la actriz en uno de sus papeles predilectos, el del poeta con gran levita, ceñido el talle y camisa con pechera

bordada y el del músico sentado ante un clavicordio. Ella, rubia, encantadora pero ataviada al estilo de su tiempo, sonreía con su graciosa boca y sus ojos azules.

Ellos parecían mirar ya la próxima posteridad.

Todo aquello olía á antiguo, pues su época había acabado y los originales habían desaparecido.

Se abrió una puerta y entró una mujercita anciana, muy anciana, muy pequeña, de cabellos blancos y blancas cejas, una verdadera ratita blanca, vivaracha y animada.

Me tendió la mano y me dijo con voz fresca, sonora y vibrante aun:

—Gracias, caballero: ¡cuánta amabilidad supone el hecho de que los hombres de hoy se acuerden de las mujeres de antaño! Siéntese usted.

Yo la conté que su casa me había seducido, que había querido conocer el nombre del propietario, y que al conocerle no había podido resistir al deseo de llamar á su puerta.

—Caballero, eso me causa un placer tanto mayor, cuanto que es la primera vez que semejante cosa ocurre - me respondió.— Cuando me entregaron su tarjeta con la galante frase que usted había escrito, me estremecí como si me hubiesen anunciado un antiguo amigo á quien no hubiese visto desde hace veinte años. Yo soy una muerta, una verdadera muerta de quien nadie se acuerda, y en quien nadie piensa hasta el día en que muera de veras, y entonces todos los periódicos hablarán durante tres días

de Julia Romana, con anécdotas, detalles, recuerdos y enfáticos elogios. Luego todo acabará para mí.

Dicho esto, calló, y después de un momento de silencio agregó:

—Y ya la cosa no tardará en ocurrir. Dentro de algunos meses, dentro de algunos días, de esta mujercita, viva aún, no quedará más que el esqueleto.

Fijó los ojos en su retrato al decir esto, en su retrato, que le sonreía, que sonreía á la vieja, á aquella caricatura de sí misma, y después contempló á los dos hombres, al desdinoso poeta y al inspirado músico, que parecían decirse: “¿Para qué nos quiere esa ruina?”

Una tristeza indefinible, profunda, irresistible, invadió mi corazón, la tristeza de las vidas acabadas que se agitan aún en los recuerdos, como el que se ahoga en un hondo charco.

Desde mi asiento veía yo pasar por la carretera los lujosos y rápidos coches que van de Niza á Mónaco.

Y dentro de ellos, mujeres bonitas, ricas, felices, y hombres sonrientes y satisfechos. La actriz siguió la dirección de mis miradas, comprendió mi pensamiento y murmuró con su resignada sonrisa:

—No es posible ser y haber sido.

—¡Cuán hermosa ha debido ser la vida para usted!

—Hermosa y dulce—exclamó ella lanzando un suspiro.—Por eso la echo tanto de menos.

Ví que estaba dispuesta á hablar de sí misma, y poco á poco, con muchas precauciones, como cuan-

do se tocan dolorosas carnes, empecé á interrogarla. Me habló de sus éxitos, de sus arrebatos de alegría, de sus amigos, de toda su vida triunfal.

—Los goces más vivos, la verdadera dicha, habrá sido en el teatro donde la habrá experimentado, ¿verdad?—la pregunté.

—¡Oh! no—se apresuró á responder.

Sonrióse y, fijando en los dos retratos una triste mirada, repuso:

—La mayor dicha la he gozado con ellos.

Yo no pude menos de preguntarle:

—¿Con cuál?

—Con los dos. A veces, hasta llego á confundirlos en mi memoria de vieja, y además hoy siento á veces remordimientos por uno de los dos.

—Entonces, señora, no es á ellos, sino al amor mismo á quien debe usted agradecimiento, porque ellos no han sido más que sus intérpretes.

—Es posible; pero ¡qué intérpretes!

—¿Está usted segura de que no ha sido, de que no hubiera sido tan bien amada, mejor amada por un hombre sencillo, no por un gran hombre, que os hubiese ofrecido toda su vida, todo su corazón, todos sus pensamientos, todas sus horas, todo su ser, y no por estos, que se le manifestaban como dos temibles rivales en la música y en la poesía?

—No, caballero, no—exclamó la anciana actriz con energía, con aquella voz fresca todavía que hacía vibrar aún el alma.—Otros tal vez me hubiera amado más; pero no me hubieran amado como estos. ¡Ah! ¡estos dos me han cantado la música del

amor como nadie podría haberla cantado en el mundo! ¡Cómo me han embriagado! ¿Acaso un hombre cualquiera hallaría lo que ellos sabían hallar en los sonidos y en las palabras? ¿Basta acaso amor, si no se sabe comunicar al amor toda la poesía y toda la música del cielo y de la tierra? Y estos, créame usted que sabían cómo se vuelve loca á una mujer con cantos y con palabras. Si, tal vez había en nuestra pasión más ilusiones que realidad; pero estas ilusiones la elevan á una al cielo, mientras que las realidades la dejan siempre en la tierra. Si otros me han querido más, lo cierto es que sólo por ellos he comprendido, he sentido y adorado el amor.

Y de pronto se echó á llorar.

La pobre vertía, sin sollozar, lágrimas de desesperación.

Yo fingí no notarlo apartando de ella mi mirada.

—Mire, señor mío, — repuso al cabo de algunos minutos—en la mayor parte de los seres el corazón envejece con el cuerpo; pero en mí no ha ocurrido esto. Mi pobre cuerpo tiene sesenta y nueve años, y mi pobre corazón sólo tiene veinte. Por esto vivo sola en medio de las flores y de los sueños.

Reinó entre nosotros un prolongado silencio, al cabo del cual, ya calmada ella, reanudó la conversación con sonriente cara.

—¡Cómo se burlaría usted de mí si supiese... si supiese cómo paso las noches... cuando hace buen tiempo!... Me da vergüenza y lástima de mí misma.

En vano la rogué; no quiso decirme lo que hacía. Entonces me levanté para marcharme.

—¿Ya?—exclamó Julia Romana.

Y como yo le hubiese dicho que tenía que ir á comer á Monte Carlo, me preguntó con timidez:

—¿No quiere usted comer conmigo? Créame que me proporcionaría un gran placer.

Acepté sin vacilar, y ella, encantada, llamó, y después de dar algunas órdenes á su criadita, me enseñó la casa.

En el comedor, una especie de galería llena de arbustos, dejaba ver de un extremo á otro el largo paseo de naranjos que llegaba hasta la montaña. Una silla baja oculta entre las plantas indicaba que la anciana actriz se sentaba allí con frecuencia.

Nos paseamos por el jardín contemplando las flores. La noche se acercaba poco á poco, una de esas noches tranquilas y serenas durante las cuales la tierra exhala todos sus perfumes. Cuando nos sentamos á la mesa casi había anochecido. La comida fué buena y larga y nos hicimos íntimos amigos una vez que ella comprendió la profunda simpatía que despertaba en mi corazón. La anciana había bebido dos dedos de vino, como se decía antaño, y se había vuelto más franca y expansiva.

—Vamos á mirar la luna—me dijo.—Yo adoro la hermosa luna porque ha sido testigo de mis goces más vivos. Me parece que ella guarda todos mis recuerdos, y no tengo más que contemplarla para que los más gratos acudan á mi mente. Y hasta... á veces, por la noche... me procuro un espectáculo... bonito... bonito... ¡si usted supiese! Pero no, se burla.

ría de mí... No puedo... no me atrevo... no, no, de veras, no.

—Pero ¿qué es?... dígamelo, dígamelo... le suplicaba yo. Le prometo no burlarme... se lo juro, vamos.

La anciana dudaba, y yo estreché sus manos, sus manos tal delgadas, tan finas, y se las besé varias veces como hacían ellos antaño. La anciana se conmovió, pero no se decidía.

—¿Me promete usted no reírse?

—Sí, se lo juro.

—Pues bien, venga.

Esto diciendo, se levantó, y cuando el criadito, embutido en su librea verde, separaba la silla que estaba detrás de ella, le dijo en voz muy baja unas palabras al oído, á las que él respondió:

—Sí, señora, en seguida.

La anciana actriz tomó mi brazo y me condujo á la galería.

El paseo de naranjos ofrecía verdaderamente un aspecto admirable. La luna, la luna llena, bañaba con sus plateados rayos el largo sendero de amarilla arena que conducía entre las redondas y opacas copas de los sombríos árboles.

Como estos estaban en flor, inundaban el ambiente con su penetrante y suave perfume, y en su sombría verdura se veían revolotear millares de luciérnagas, esas moscas de fuego que parecen átomos de estrellas.

—¡Oh! ¡qué hermosa decoración para una escena de amor!—exclamé.

La coactriz se sonrió y me dijo:

—¿Verdad? ¿verdad que sí? Ahora va usted á ver. Y me hizo sentarme á su lado.

—Esto es lo que me hace gustar de la vida—murmuró la anciana.—Pero ustedes los hombres de hoy no piensan en estas cosas. Son ustedes bolsistas, comerciantes. Ni siquiera saben ustedes hablarnos. Cuando digo hablarnos, me refiero á las jóvenes. Los amores se han convertido en uniones que tienen á veces por origen una factura de costurera. Si creen ustedes que la factura es más cara que la mujer, desaparecen; pero si estiman á la mujer en más que la factura, pagan. Bonitas costumbres.. y bonitos amores. Mire usted—exclamó cogiéndome la mano.

Yo quedé estupefacto y maravillado... Allá abajo, en el extremo del paseo, por el sendero que iluminaba la luna, dos jóvenes se acercaban cogidos por el tallo, se acercaban abrazados, encantadores, con paso corto, atravesando las ondas de luz que les iluminaban y entrando de pronto en la sombra. El iba vestido con una levita de satín blanco á la moda del siglo pasado y llevaba un sombrero adornado con una pluma de avestruz. Ella lucía un vestido con tontillo y el alto y empolvado peinado de las hermosas damas del tiempo del Regente.

A cien pasos de nosotros se detuvieron, y de pié en medio del paseo, se abrazaron haciéndose mil caricias.

Yo reconocí de pronto á los dos criados, y entonces sentí una de esas terribles alegrías que le retocan á uno en el cuerpo. Sin embargo, no me reía.

Resistía, enfermo y convulso, como resiste á la necesidad de gritar que le abre la garganta y las mandíbulas el hombre á quien le cortan una pierna.

Pero los dos muchachos se volvieron hacia el fondo del paseo ofreciendo una pareja deliciosa. Se alejaban, iban, venían, desaparecían como desaparece un sueño, y cuando no se les veía, el paseo, vacío, parecía triste.

Yo también me fui, me fui para no volver á verles, pues comprendí que debía durar mucho tiempo aquel espectáculo que resucitaba todo el pasado, todo aquel pasado de amor y de alegría, el pasado ficticio, falaz y seductor, falso y verdaderamente encantador, que hacía latir aun el corazón de la vieja actriz y de la anciana enamorada.

EL PADRE AMABLE